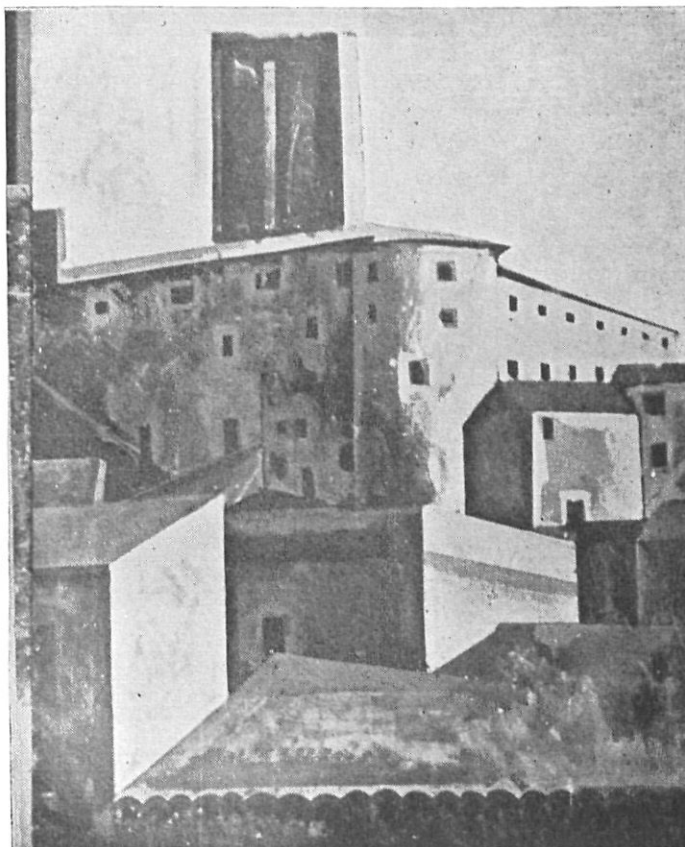


# ENRIQUE MARQUES

PINTOR  
DE GERONA

*Por M.<sup>a</sup> ASUNCIÓN SOLER*



Este joven pintor gerundense es el prototipo de la inquietud. Cuenta en su haber con un índice de viajes de estudio bastante considerable porque siente la pasión de la belleza concreta y se ha lanzado a buscarla, constantemente, con ahínco y, sobre todo, con el deseo de encontrarla porque es cierto que está, casi siempre, donde uno quiere que se halle. Basta poner, para captarla, los ojos del corazón en cada cosa: en un paisaje —verde o árido— o en una calleja sombría abandonada del sol y de los hombres.

Pero, buscar y encontrar la belleza de las cosas concretas, es patrimonio de algunos. Poseer el don de plasmarla luego, sobre el lienzo, es patrimonio de pocos. Enric Marqués pertenece a este último grupo.

Pintor de vocación, sabe dar a cada uno de sus cuadros, la expresión apropiada para hacernos sentir, con él, y llevarnos de la mano a esa belleza que nunca hubiéramos creído existiera donde, afortunado, él supo verla. Visitar su taller constituye una fiesta para los ojos y un sedante para el cansancio de tanta obra de arte anémica y vacua.

El mundo de Enric Marqués, como pintor, es vario y sustancioso, pero su tentación es siempre lo antiguo y en ello influye, tal vez, la seriedad de su carácter manifestada, también, en el color de sus obras, nunca estridente ni chillón. Pero éste, su mundo del cual nos trae el mensaje, no es mejor ni peor según nuestro estado de ánimo sino que, por el contrario, en todo momento se nos muestra igual. El pintor ha adquirido esta magia en el ejercicio constante de su vocación artística y en su eterno viajar “viendo”.

Pasó, en su adolescencia, por el taller de Orihuel. Un paso corto. Su formación puede decirse que es autodidacta. Luego sintió la necesidad de ver el Prado, de pasear sus sueños de



pintor por las tierras anchas de Castilla. De ella, tal vez, tomó esta especie de ascetismo del color. Era en 1950 y, en marzo del mismo año, consiguió su gran ilusión de exponer con "El Grupo de Gerona" en el Jardín de Barcelona.

A partir de este momento, su vida pictórica se afirma, pero su afán de "ver" se hace más intenso. Escoge, como lugar de estudio, la clara y reverberante región andaluza.

Hasta 1953 no volvemos a encontrarle en exposición alguna. Hacen falta tiempo; elaborar sin premura. Vuelve, con "El Grupo de Gerona", a exponer en la Sala Caralt de Barcelona y, al año siguiente, emprende un nuevo viaje. Va a Marruecos desde donde pasa al Levante español. Trabaja, luego, de firme y, en diciembre, tiene lugar su primera exposición, individual, en la Sala Busquets de Gerona, patrocinada por el Instituto Francés de Barcelona.

En 1956 vuelve la fiebre viajera. Y se va a Italia, en pleno abril. Rávena, Módena, Asís, Pisa, Florencia y Roma le descubren sus secretos. O él los capta, simplemente. La primavera italiana es un fondo adecuado a todo cuanto "ve" y a todo cuanto "siente". Joven, empieza a madurar con Giotto y Fra Angélico que le enseñan "su" mundo, maravilloso, de otro tiempo que permitía que este mundo fuera así.

Pero, sin duda, su gran obsesión era París. En 1957, tras una estancia de seis meses en la capital de Francia, lleva a cabo otro viaje de estudios por Alemania, Dinamarca y Francia. Lo nórdico tiene, también sus encantos. La luz no es coruscante como en la ancha Castilla parda, en la Andalucía moruna, en el árido Marruecos o en el mediterráneo Levante español. Pero los grises de las brumas se conjugan bien con el gris de las piedras húmedas o el gris, casi negro, del asfalto. Expone en la Birch Gallery de Copenhague y, a su regreso a nuestra ciudad, en diciembre, vuelve a exponer, individualmente, en la sala de La Artística.

Del 1958 al 1960 le encontramos en París donde colabora, como ilustrador, en la Facultad de Ciencias de la Sorbona y donde frecuenta los cursos de "L'Ecole du Louvre" y la Academia "Grande Chaumière". Viaja otra vez, por Bélgica y Luxemburgo, Holanda e Inglaterra.

Y ya se decide a residir, habitualmente, en París. A pesar de ello viene a Gerona dónde pinta sin descanso. Se le ve, por el Valle de San Daniel, por el barrio antiguo con su caballete

y sus pinceles, rindiendo homenaje a su ciudad, intermedio entre las brumas del Norte y la claridad, a cal, del Sur.

Expone, en 1960 una colección de "Gouaches" en la Sala Municipal de Exposiciones de



Gerona. En el mismo año, obtiene la 1.<sup>a</sup> Medalla de Plata con un óleo presentado al Concurso de la Diputación Provincial de Gerona, con ocasión de las Ferias de la ciudad. Al año siguiente, en el mismo Concurso, consigue el 2.<sup>o</sup> Premio que ha obtenido, asimismo, en el Concurso del presente año.

A pesar de París y de las ciudades italianas, Enric Marqués encuentra en Gerona los mejores motivos para su pintura. Es un enamorado de la ciudad. Infinidad de óleos y "gouaches" suyos, representan sus rincones más ignorados. Y no desdeña lo humilde por lo monumental. La ciudad y su espíritu están, lo mismo, en las paredes desnudas de los derribos de las viejas casas, —que han de sustituirse por otras más modernas y más al día—, y que parecen guardar el calor y la forma de ser de aquéllos que, formando familia, fueron, un día, cobijados por su techo.

Hemos dicho que Marqués ama Gerona y nos atreveríamos a afirmar que es su pintor puesto que sabe buscar en ella lo que otros no buscaron o no supieron ver. Con oírle hablar descubrimos su gran amor. Si Fra Angélico pintaba el cielo de rodillas, Marqués traduce la ciudad a los pinceles en una especie de éxtasis, mitad místico, mitad artístico. La lleva en el alma y, aunque otras abrieron sus puertas al artista, su fidelidad a la vieja Gerona se hace patente, año tras año, cuando, desde París, regresa para dedicar la temporada estival a su amada.

De esta forma ha conseguido una obra bastante extensa e interesante de motivos gerundenses. Motivos varios en los que ha puesto idéntico afán e igual interés. Lo mismo es una calle flanqueada de monumentos centenarios, que una azotea mostrando el blanco bambolean de una colada que se seca, que el ocre, descolorido, de un tejado donde una chimenea nos habla con su lenguaje sencillo de cosa poco importante pero no deleznable del todo. ¡Una chimenea que puede ganar un segundo Premio!

En fin, los afanes de Enric Marqués por su ciudad, no caen en el vacío y ella le paga, con creces, su devoción: se deja "ver" por el pintor y no tiene secretos para él.